

# INDIA



Principales áreas de influencia maoísta

## ESTRATEGIAS SUBCONTINENTALES

En la mayor parte del planeta ha tenido lugar un declive de todo tipo de fuerzas de izquierda durante las dos últimas décadas. Sin embargo, ha habido tres o cuatro países en los que partidos políticos que tienen sus raíces en las tradiciones de la Tercera Internacional o en el maoísmo han permanecido estables o en los que hasta han crecido: Sudáfrica, Nepal, India e, incluso, Filipinas. Sudáfrica posee el SACP, mientras que un partido maoísta constituye la única gran fuerza política de Nepal y el maoísmo conserva una presencia nacional en Filipinas. El caso de India resulta muy interesante, pues aquí existen representantes de ambas formaciones, que –hasta cierto punto– han mantenido, o de hecho fortalecido, su influencia durante los últimos veinte años. Tanto el estalinista Partido Comunista Marxista de India (CPM) como el Partido Comunista de India (CPI) –grande en el pasado, pero en la actualidad de menor tamaño y en proceso de disminución– han continuado siendo fuerzas de bastante importancia política. El CPM, que perdió las últimas elecciones en Bengala Occidental tras un récord de 34 años ininterrumpidos en el poder, aun en su derrota obtuvo un 41 por 100 de los votos<sup>1</sup>. Mientras tanto, las formaciones leales a la tradición maoísta han aumentado sus afiliados y extendido su influencia durante los últimos años. ¿Por qué motivo sucede esto?

Si únicamente tres de cuatro países han resistido lo que de otro modo constituye una tendencia global, las razones de este hecho han de residir en las especificidades de sus respectivas estructuras sociopolíticas. En India, es mejor buscar la explicación a la persistencia de las fuerzas maoístas y comunistas en el peculiar dualismo del país, en el cual las macroestructuras estables de la democracia liberal burguesa coexisten con realidades sociopolíticas extremadamente antidemocráticas y violentas a pequeña y mediana escala, especialmente, aunque no de manera exclusiva, en el campo. En segundo lugar,

---

<sup>1</sup> El CPM en la actualidad permanece en el poder únicamente en el pequeño estado nororiental de Tipura, pero todavía tiene una fuerte presencia en Andhra Pradesh y en Tamil Nadu, así como también en Kerala y en Bengala Occidental. El CPI, aunque nunca haya calado tan hondo como el CPM, se ha extendido por un territorio más amplio; además de estar presente en todos los estados previamente enumerados, posee grupos base en zonas de Uttar Pradesh y Bihar.

un continuado desarrollo capitalista ha generado drásticas polarizaciones entre prosperidad y pobreza extrema, superpuestas a la impercedera estructura precapitalista del sistema de castas, con el gran prestigio social en uno de los extremos y la exclusión desdeñosa en el otro. En este contexto, las tradicionales ideas estalinistas y maoístas del desarrollismo en nombre del socialismo continúan ejerciendo un poderoso atractivo para una gran cantidad de gente.

La combinación de una continuada democracia a gran escala y del avance capitalista con el persistente subdesarrollo y la explotación socioeconómica ha empujado a la izquierda india en dos direcciones. Los herederos de la tradición comunista se han visto fundamentalmente integrados dentro del sistema liberal-demócrata de la política electoral y parlamentaria. Incluso sus defensores incondicionales admiten que sus numerosos años en el poder en Bengala Occidental como parte del Frente de Izquierda –dominado por el CPM y su socio menor, el CPI– y sus mandatos alternos en Kerala los han corrompido programática, burocrática, social y moralmente. Los efectos de su prolongada participación en la «gestión del desarrollo capitalista», incluso a medida que este proceso iba adquiriendo progresivamente un carácter neoliberal, se hicieron evidentes en el comportamiento del Frente de Izquierda de Bengala Occidental con respecto a la adquisición de tierras en Singur y Nandigram, aunque este asunto tuvo por lo menos repercusiones a nivel interno. No obstante, las diferencias políticas entre el CPM y el CPI carecen de verdadera importancia. Tras los recientes reveses electorales en la asamblea estatal en Bengala Occidental y en Kerala, han vuelto a surgir rumores sobre una posible fusión de los dos partidos a corto plazo. Si esto fuera adelante, lo cual no es en absoluto seguro, tendría una muchísimo menor relevancia que si hubiera sucedido 15 o 20 años atrás.

Aun si el CPM y el CPI estuvieran dispuestos a ello –que no es el caso–, estos partidos son cada vez más incapaces de generar grandes movilizaciones entre los pobres y más necesitados, tanto para defenderlos como para ayudarles a satisfacer sus necesidades y aspiraciones básicas. Quizá la prueba más dramática de este hecho llegó en 1992, cuando la derecha hindú organizó la destrucción de la mezquita de Babur en Ayodhya, acontecimiento que ha constituido la mayor movilización de masas en India desde su independencia. Pero en este decisivo momento de la historia de la India moderna, la izquierda parlamentaria no pudo ni siquiera organizar a la gente para oponerse a los ataques del comunismo. Sacar a la calle a sus sindicatos dependientes del modo habitual con las *bandhs* [huelgas] de un día y las procesiones colectivas cargadas de reivindicaciones económicas no es equiparable ni puede sustituir a una continuada práctica de movilizaciones populares extraparlamentarias que abordan toda una amplia serie de cuestiones. El único aspecto relativamente positivo para estos partidos lo constituye el crecimiento de sus organizaciones de mujeres; pero este suceso se enmarca, a su vez, dentro del contexto más amplio de un movimiento de las mujeres en India que, comparado con su pasado, posee un carácter más sec-

torial y fragmentario y en el que las feministas socialistas o marxistas ejercen una menor influencia que en épocas anteriores.

### *El corredor rojo*

El maoísmo indio, en cambio, ha avanzado en dirección opuesta. A excepción de uno de sus ejes —el grupo (de Liberación) CPI-ML, que se está anquilosando—, ha permanecido prácticamente inmune al reclamo de la política parlamentaria y electoral, por lo menos en lo concerniente a su propia participación directa. Ha echado raíces en los sectores de la población más pobres y necesitados: los *dalits* y en especial los miembros de las tribus del centro del país. Dandakaranya, su zona base, es una región de terreno accidentado, con densas zonas forestales y con un área de 92.000 km<sup>2</sup>, más de dos veces la superficie de Kerala, que se extiende por los estados de Andhra Pradesh, Odisha, Maharashtra y la mayor parte de Chhattisgarh<sup>2</sup>. Los naxalitas también están presentes en los estados de Madya Pradesh, Uttar Pradesh, Bihar, Jarkhand, Bengala Occidental, Tamil Nadu, Kerala, Gujarat y Uttarakhand. En julio de 2011, el gobierno declaró que 103 de los 602 distritos administrativos del país se veían afectados por el «extremismo de izquierdas»<sup>3</sup>.

El maoísmo ha sobrevivido y crecido en India por una razón obvia, que ni el Estado ni la izquierda parlamentaria dominante están completamente dispuestos a reconocer: a saber, que ha sido el principal defensor de los más pobres y necesitados frente a sus opresores de clase y a los políticos, burócratas, policía y paramilitares que apoyan a estos últimos a distintos niveles. Al igual que los revolucionarios marxistas del resto del mundo, los maoístas indios se enfrentan al continuo interrogante de cómo generar una transformación radical duradera en una sociedad capitalista con unas estructuras de democracia burguesa estables y afianzadas; así como también con unos aparatos policiales y militares que sirven de apoyo a la clase dominante. No obstante, los maoístas indios simplemente han fallado a la hora de darse cuenta de la existencia de este dilema estratégico, pues su interpretación teórica de la estructura social india como semifeudal y semicolonial niega de manera efectiva la existencia de la compleja realidad del país. Su estrategia ha consistido fundamentalmente en el derrocamiento armado del Estado mediante una lucha en la que «el campo rodeará a la ciudad». En el presente hacen hincapié en la movilización urbana de la clase baja y de la clase obrera, y también hablan de construir «zonas liberadas móviles», de donde se marcharían los revolucionarios cuando se encuentran sometidos a presión, y a donde regresarían posteriormente. No obstante, a largo plazo, su estrate-

<sup>2</sup> Según materiales publicitarios estatales, Chhattisgarh posee grandes yacimientos de carbón, hierro, manganeso, bauxita, piedra caliza, dolomía y cuarzo; también se han descubierto diamantes, oro y uranio. Vid. Sudeep Chakravarti, *Red Sun. Travels in Naxalite Country*, Delhi, Viking, 2008, p. 226.

<sup>3</sup> «Over 100 districts will be declared Maoist-hit», *The Asian Age*, 5 de julio de 2011.

gia consiste simplemente en una receta para el completo fracaso, y, a corto y medio plazo, allanan el camino para muchas prácticas dañinas e inaceptables.

Esto sucede por una serie de razones. En primer lugar, una estrategia militar no puede tener éxito a largo plazo en su lucha contra el Estado indio. Los gobiernos provinciales y algunos partidos de la oposición han encontrado a veces útil el insistir sobre la «amenaza maoísta» y el exagerar su impacto como un modo de obtener más fondos del gobierno central, que posteriormente emplean para diferentes fines; otras veces, les ha resultado más conveniente acercarse a los maoístas. No obstante, gobiernos nacionales mucho más débiles que el de India han sido capaces de neutralizar muchas importantes insurrecciones que contaban con un gran apoyo popular. La principal lección que han aprendido las autoridades es que cuanto más prolongada resulte la confrontación entre el Estado y las insurrecciones armadas de raíz popular, más se cansan de ellas sus partidarios y más probable resulta que surjan divisiones internas y, por lo tanto, más débil se torna dicha insurrección. Las enseñanzas extraídas de la derrota de los Tigres de Liberación del Eelam Tamil (LITE) en Sri Lanka resultan obvias. Aquí una insurrección no estatal, con una poco común fuerte capacidad militar –poseía su propia fuerza aérea y su propia armada–, se enfrentaba a un Estado mucho más débil que India, con una base popular que no sólo buscaba una mejora en su calidad de vida, sino que también estaba comprometida con el objetivo estratégico de la independencia tamil. Sin embargo, fracasó a nivel militar a manos de su enemigo, que, por supuesto, recibió ayuda del Estado indio. No es ninguna casualidad que India, precisamente tras la victoria del gobierno de Rajapaksa sobre el LITE, intensificara las medidas coercitivas contra los «naxalitas».

En segundo lugar, una estrategia militarizada necesita de una cadena de mando vertical, que forzosamente determina a la organización de una manera autoritaria, y que minimiza las posibilidades de una democracia interna y hace hincapié en el secretismo y la obediencia rigurosa. Cuando las cosas salen mal, como siempre sucede de uno u otro modo, abundan las sospechas, y tienden a imponerse castigos autoritarios y disciplinarios tanto a sus miembros activos como a secciones de su amplia base social. El miedo se convierte en la manera de fomentar la lealtad dentro de la organización y entre sus partidarios. Además de esto, una estrategia militarizada genera una cultura de la hostilidad hacia aquellos que no comparten su mismo punto de vista; otras fuerzas progresistas se perciben como posibles o presentes competidores en cuanto al apoyo que perciben de las mismas capas sociales que el maoísmo armado tiene la determinación de monopolizar. Tal sectarismo tiende a adoptar formas de militarismo extremo<sup>4</sup>.

---

<sup>4</sup> Vid. Nicolas Jaoul, «Naxalism in Bihar. From Bullet to Ballot», en Lauren Gayer y Christophe Jaffrelot (eds.), *Armed Militias of South Asia. Fundamentalists, Maoists and Separatists*, Nueva Delhi, C. Hurst & Co. Publishers Ltd., 2009.

En tercer lugar, a pesar de que las filas maoístas se componen de los miembros de tribus y de *dalits*, continúa existiendo una crucial brecha entre las preocupaciones de los dirigentes y las de su base. Los dirigentes están centrados en el objetivo a largo plazo de derrocar al Estado, mientras que los aldeanos buscan mejoras en sus condiciones de vida más concretas y a más corto plazo. Hasta cierto punto, estas necesidades inmediatas se supeditan al objetivo estratégico más lejano. Por ejemplo, la construcción de carreteras podría traer consigo la mejora de las condiciones de vida en las zonas rurales, pero también facilitaría las actuaciones del gobierno contra las «zonas liberadas»; por lo tanto, es por esto que a los grupos maoístas les interesa evitar ese tipo de avances que no pueden controlar. Finalmente, la necesidad de recursos económicos, para conseguir armamento y para desarrollar actividades en pro del desarrollo entre los *dalits* y los miembros de las tribus, significa que la actividad de oposición de los maoístas armados no puede sostenerse de manera sistemática e incondicional contra sus enemigos de clase, sino que tienen que buscar con ellos acuerdos que les beneficien económicamente en las áreas que controlan. Por consiguiente, estas «zonas liberadas» no están liberadas en el sentido clásico de, por ejemplo, Yan'an en la China de finales de la década de 1930. Existen, de este modo, serios límites para la capacidad de los maoístas de llevar a cabo medidas socialmente transformadoras dentro de estas zonas, que posteriormente puedan generar una mayor lealtad a sus objetivos más abstractos y a mayor largo plazo.

### *Cuestiones de fuerza*

La formulación de estas críticas no implica de ninguna manera, naturalmente, un apoyo a la represión y demonización de los «naxalitas» llevada a cabo por el Estado indio. Uno puede condenar la injustificada violencia de los maoístas, pero ésta no se puede equiparar a las brutalidades cometidas por el Estado. El afán del gobierno de acabar con el maoísmo ha ocasionado un ataque frontal a la base social de este último, que siguen conformándola los más oprimidos de la sociedad india; la continuación de esta estrategia política significará un aumento en la violencia de este tipo, y tendrá profundas implicaciones para la democracia india. La actitud del gobierno resulta de lo más peligrosa, pues cuenta con la legitimación de toda una serie de intelectuales, académicos y personalidades mediáticas, que apoyan la idea de que el maoísmo armado es el «enemigo público número uno». Esta afirmación resulta, simplemente, ridícula. El principal peligro para la democracia india no proviene del naxalismo, sino de las fuerzas del movimiento hindutva, que han desarrollado acciones violentas y salvajes a tal escala que eclipsa cualquier cosa que haya podido hacer el maoísmo armado<sup>5</sup>. Las fuer-

---

<sup>5</sup> El Sangh Parivar sostiene una posición especialmente hostil frente al maoísmo, porque lo considera el mayor obstáculo para la «hinduización» y comunalización de las tribus del centro de India, que sí ha conseguido llevar a cabo en Guyarat.

zas de la derecha hindú han triunfado a la hora de institucionalizarse dentro de la sociedad civil india de una manera que el total de la izquierda, parlamentaria o maoísta, no ha podido igualar; sus aparatos político y cultural han sido legitimados, convertidos en una parte aceptable de la corriente dominante. Por ejemplo, los instigadores y defensores del pogromo contra los musulmanes en Guyarat –personajes como el jefe del gobierno regional Narendra Modi– no solo continúan impunes, sino que son encumbrados en su calidad de estadistas.

Los esfuerzos del Estado para «eliminar el naxalismo» sirven también de tapadera para la deslegitimación de todas las formas de una política radical de izquierdas. De este modo, cuando la izquierda parlamentaria apoya de manera efectiva la política del Estado indio para con los maoístas –o, peor aún, como en el caso de Bengala Occidental, ordena incluso acciones armadas contra estos–, está perjudicando seriamente a su propia causa. El afán del Estado por reducir el espacio público para la actividad radical, o incluso para la de tipo no violento, resulta evidente en el trato que da a los «simpatizantes» de los maoístas. Sirvan de ejemplo los defensores de los derechos civiles Arundhati Roy y Binayak Sen (que es también un médico dedicado a ayudar a la gente más pobre), que han sido acusados de sedición. Sin lugar a dudas, el alto perfil público, o incluso internacional, de ambos –el juicio a Sen suscitó las protestas de un gran número de premios Nobel– ha impedido que el proceso haya seguido adelante<sup>6</sup>. Pero el Estado ya se ha pronunciado y ya ha advertido a todos los defensores de los derechos civiles que se lo piensen dos veces antes de atacar la política del gobierno en lo que respecta a los «naxalitas».

Es importante recalcar que en India incluso las luchas a favor de los derechos más básicos reciben una respuesta violenta desde sus fases iniciales. Una y otra vez, la represión ha conseguido o bien evitar que los movimientos de este tipo alcancen una masa crítica, o machacarlos por completo. Ni la izquierda parlamentaria ni muchos movimientos sociales progresistas han querido enfrentarse a esta cuestión sobre el uso de la fuerza, pero no es posible evitarla. Una postura de no violencia a toda costa y en toda circunstancia, al estilo de Gandhi, a menudo desactiva fatalmente tales luchas. Los maoístas indios por lo menos han abordado esta realidad, aunque lo hayan hecho de manera inadecuada, y el mero hecho de haber mantenido exitosamente el apoyo de los pobres constituye una prueba de la parcial eficacia de tomar las armas. No obstante, lo que debería ser en el mejor de los casos una postura defensiva, políticamente subordinada a una estrategia más sofisticada, cuyo propósito sería una transformación a largo plazo, se ha convertido, desafortunadamente, en la estrategia principal. Irónicamente, la extrema derecha india –en particular el Sangh Parivar– ha sido el movimiento más capaz de controlar su uso de la fuerza dentro de un mar-

---

<sup>6</sup> Detenido en Chhattisgarh en 2007, Sen fue condenado a cadena perpetua en diciembre de 2010; esta pena fue suspendida en abril de 2011 por orden del Tribunal Supremo.

co estratégico y político general, al cual se subordinan de modo estricto sus acciones violentas.

### *Estalinismo parlamentario*

Si el maoísmo se encuentra en un largo callejón sin salida a nivel estratégico, ¿qué sucede con los mayoritarios partidos de izquierda estalinistas? Durante las pasadas tres décadas, al igual que en muchos otros países, el centro de gravedad de la política india se ha desplazado considerablemente hacia la derecha. La izquierda mayoritaria no ha permanecido indiferente a este desplazamiento. Su trayectoria podría contemplarse en líneas generales en paralelo a la de los grandes partidos comunistas europeos, que evolucionaron desde el estalinismo al eurocomunismo, hasta llegar a su final subordinación a sus competidores eurosocialistas; excepto en que en la esfera política india son el CPM y el CPI los que se han convertido en la principal fuerza socialdemócrata. De hecho, con el giro derechista del Congreso Nacional Indio (CNI), o Partido del Congreso, resulta, irónicamente, que hoy en día el CPM y el CPI son los principales herederos del antiguo consenso nehruviano, aquella visión socialdemócrata de una India fuertemente secular, bienestarista y neutral, pero capitalista. Su compromiso formal con un futuro comunista carece de efecto alguno sobre los programas o el comportamiento de estos partidos.

A pesar de todas las manifiestas deficiencias del tipo de centralismo democrático practicado por el CPM y el CPI —alejado de las mejores prácticas bolcheviques—, existe aún una mayor discusión interna en su seno, y una mayor responsabilidad de los líderes para con sus integrantes, que en cualquier otro partido en India. A diferencia de la mayor parte de los partidos socialdemócratas de finales del siglo xx, continúan plenamente en contra del imperialismo occidental. No obstante, durante todo este tiempo nunca se han encontrado en condiciones de rechazar públicamente el estalinismo, comoquiera que algunos intelectuales y simpatizantes de dentro o fuera de los dos partidos sí que lo hagan en privado. De la misma manera, no se ha reconocido de manera pública la transformación capitalista de China. La consecuencia de tal silencio es que son incapaces de aprender del pasado o de orientar estratégicamente sus propias directivas y a sus militantes. No abordan los errores ideológicos y programáticos de una manera directa; sino que, en lugar de subsanarlos, los esquivan. Los partidos no son capaces de ser realmente autocríticos con su pasado o con su presente, y no es posible que se efectúe una honesta rectificación intelectual, política y moral. Y lo que es más importante, sin un rechazo explícito, público y absoluto del estalinismo y de su legado no existe posibilidad alguna de que se pueda construir un nuevo e íntegro programa, un «socialismo del siglo XXI».

¿Qué perspectivas de futuro existen, entonces, para la izquierda parlamentaria? Dado que el CPM es el centro de esta fuerza, no estará de más reflexionar sobre su futura trayectoria. El contundente fracaso en las elecciones



estatales de Bengala Occidental de 2011 ha sido considerado, en general, como un punto de inflexión histórico. Resulta comprensible, dadas las dimensiones del rechazo de los votantes, pero también resulta revelador que la suerte electoral del CPM, el que pueda optar a gobernar a nivel provincial, se considere el primer indicador de su fuerza política. Esto ilustra por sí mismo la degeneración del CPM desde que se convirtiera en un serio aspirante al gobierno a finales de la década de 1960. Se trata de una degeneración en dos sentidos estrechamente relacionados: el político-organizativo y el estructural. En lo que se refiere al primer aspecto, el CPM fue en su día un partido basado en un movimiento, cuyas filas estaban motivadas por un programa ideológico que, a pesar de ser estalinista, estimulaba, sin embargo, la participación en las luchas colectivas en defensa de distintos sectores oprimidos, por ejemplo, protegiendo a los musulmanes de la violencia comunalista a mediados de la década de 1960, o luchando a favor de la justicia en las zonas rurales. Cuatro décadas más tarde, la transfiguración del partido resulta completa, aunque ésta no ha sucedido sin persistentes tensiones entre su compromiso teórico con los idearios anticapitalistas y antiimperialistas y su estrategia a nivel práctico de centrarse en la vía electoral hacia el poder, sobre todo en Bengala Occidental y en Kerala.

A pesar de la «socialdemocratización» de las organizaciones del CPM en estos dos estados, las malformaciones del partido regional han resultado mayores en el más rico y poderoso estado de Bengala Occidental. Existen tres importantes diferencias entre los dos estados que han afectado la evolución de sus respectivos grupos del CPM. En primer lugar, la reforma agraria en Kerala concedió a la gran mayoría de la población rural derechos de propiedad, por lo menos de pequeñas parcelas para cada familia, asegurando de este modo que las necesidades básicas alimentarias pudieran quedar cubiertas, bien directamente, mediante el cultivo de los alimentos, o a través de la venta de productos agrícolas. En Bengala Occidental, la Operación Barga, que finalizó en 1981, garantizó a los aparceros la seguridad de sus contratos y de sus derechos de usufructo, pero se paró ahí, no llegando nunca a iniciar ningún tipo de redistribución de la propiedad de la tierra que pudiera debilitar a los ricos y al campesinado medio, que continúan ejerciendo una importante influencia sobre la estructura de *panchayats* que también estableció y regularizó el Frente de Izquierda en este estado.

Aquí radica la segunda diferencia. En Kerala se produjo una verdadera transferencia de fondos y de poderes decisivos a los *panchayats*, que permitió que se satisficieran las reivindicaciones locales y que se cubrieran sus necesidades. Por otra parte, el control del gobierno del estado ha alternado entre la coalición del Frente Democrático de Izquierda (LDF), liderada por el CPM, y el Frente Democrático Unido (UDF), liderado por el Partido del Congreso; las comunidades musulmanas y cristianas, el 23 y el 19 por 100 de la población de Kerala respectivamente, han permanecido en líneas generales fieles a sus correspondientes partidos, la Liga Musulmana de la Unión India y el Congreso de Kerala. Esto ha significado que ni el CPM ni el Partido del Congreso han tenido jamás ninguna posibilidad de estable-

cer un control férreo y centralizado en Panchayati Raj, como el que el CPM ejerce en Bengala Occidental. Allí este partido logró convertir este tipo de control en un mecanismo de dominio político-electoral mediante la sistematización de una estructura clientelar y coactiva con sus vertientes asociadas, como los incentivos y las amenazas o las recompensas y los castigos. Tanto en Bengala Occidental como en Kerala lo que motiva a las filas del CPM es más la proximidad al poder y a sus ventajas que un compromiso con el legado ideológico de la Tercera Internacional. No obstante, en Bengala Occidental la degeneración organizativa y la pérdida de conciencia social de su base resulta mucho mayor, dado que su prolongada permanencia en el poder le ayudó a crear un entramado mucho más fuerte del partido con la burocracia administrativa (civil y policial), una «partocracia», que se presta a todo tipo de abusos. Esto ha tenido como consecuencia una forma muy efectiva de clientelismo para aquellos que deseen jurar lealtad al CPM; el partido se convierte en una vía fundamental para solucionar múltiples problemas corrientes, tales como el acceso a la asistencia médica, la ayuda económica en momentos de apuro, la consecución de trabajo para un familiar, la ayuda con la burocracia, la venganza contra algún enemigo, etcétera.

La tercera diferencia fundamental yace en los muy superiores niveles de atención sanitaria y de educación de Kerala, que le han permitido al Estado compensar a esta región su ausencia de industrialización y, consecuentemente, de una adecuada absorción de la mano de obra a través de la exportación de trabajadores de diferente cualificación a otras partes de India y al extranjero, creando de este modo una economía basada en las remesas familiares; a lo que ha de añadirse un creciente sector turístico. En Bengala Occidental la Revolución Verde, y con ella los índices de crecimiento agrícola en líneas más generales, se desinfló a finales de la década de 1980 y comienzos de la de 1990. Los líderes estatales del CPM, que admiraban la política china de atracción de inversiones extranjeras directas para fomentar la industrialización, se aprovecharon de las reformas de 1991, que concedían a los estados indios una mayor autonomía económica con respecto al gobierno central, y siguieron una línea política cada vez más neoliberal. Durante 2006, seguro de su control sobre el interior rural –pensando, quizá, en seguir también el ejemplo de Pekín en este terreno–, el CPM llevó a cabo adquisiciones de terrenos para impulsar una industrialización basada en zonas económicas especiales, desarrollada mediante inversores externos, del resto de India y extranjeros. Fue esta estrategia la que provocó los episodios de violencia estatal en Singur y Nandigram, que repercutieron de manera tremendamente negativa tanto en el ámbito político y moral como en el ámbito electoral. Al mismo tiempo, el informe de 2006 del comité Sachar, designado por el gobierno central, mostró lo especialmente miserable que era la situación socioeconómica de los musulmanes en Bengala Occidental –en donde este grupo constituye casi un cuarto de la población– en relación a la mayoría de los otros estados indios, con grandes comunidades musulmanas. Estos datos generaron un gran desencanto en una, por lo demás, leal masa de votantes. Ya no bastaba con ofrecerles

protección frente a los ataques comunalistas; ahora estas masas exigían mejoras. Estas dos coyunturas contribuyeron al detrimento de la imagen pública del CPM y del Frente de Izquierda en Bengala Occidental.

¿Hacia dónde avanza a partir de este momento el CPM? En Kerala, las elecciones a la asamblea estatal de 2011 trajeron consigo, de hecho, el fin del revés sufrido por el Frente Democrático de Izquierda (LDF) en las votaciones de las elecciones nacionales a la Lok Sabha de 2009 y en las elecciones de los *panchayat* de este estado en 2010. En las últimas elecciones, la gobernante coalición del LDF casi desafió la tradicional tendencia de alternancia entre el poder y la oposición, al obtener 68 escaños de un total de 140 frente a los 72 del victorioso UDF. No existe ningún motivo para pensar que el CPM de Kerala vaya a modificar su programa o su estrategia; continuará con las pautas marcadas, contando con volver al poder en la próxima ocasión.

¿Qué sucede con el grupo de Bengala Occidental y con la cúpula del partido central en Delhi? Hasta el fin de la década de 1980 la política a nivel nacional del CPM era poco más que el resultado de los esfuerzos internos del partido de equilibrar los intereses y las preocupaciones de los dos principales grupos a nivel estatal, siendo el de Bengala Occidental el dominante. La emergencia de una política de coaliciones a nivel central desde 1989 en adelante proporcionó a los partidos pequeños, como el CPM, un inesperado peso político –incluso los partidos con 20 y 30 escaños en el Lok Sabha resultaban socios convenientes– y oportunidades de desempeñar un papel más importante a nivel nacional e internacional. Fue en este momento cuando surgieron tensiones entre algunos sectores de la cúpula de Delhi, por un lado, y la cúpula de Bengala Occidental y sus partidarios en la de Delhi, por otro. En un cierto grado esta tensión tiene sus raíces en la disyuntiva entre un programa teórico y formal contrario al neoliberalismo y al imperialismo y una puesta en práctica en Bengala Occidental que se ha ido tornando más y más neoliberal, desarrollada por una cúpula a nivel estatal deseosa de establecer una relación más estable con un gobierno central liderado por el Partido del Congreso. En otra escala, la cuestión sobre si la izquierda parlamentaria debería unirse a un gobierno central del Partido del Congreso ha sido una causa frecuente de divisiones en el partido, del mismo modo que generalmente ha dividido también a la izquierda no maoísta de fuera del CPM y del CPI. A la tentación de conseguir el poder central, que le serviría para fortalecer el dominio del CPM en sus bastiones regionales a la vez que también, quizá, para extender su influencia a otras zonas, se ha contrapuesto el miedo muy real, por no decir la sería probabilidad, de que la izquierda acabaría teniendo que enfrentarse a la responsabilidad de una política neoliberal a nivel interno y un afianzamiento a nivel exterior mediante una política a favor de Estados Unidos, sin ningún poder para cambiar ninguno de estos desarrollos.

Demasiados izquierdistas, y también algunos liberales, piensan que la cuestión de si el CPM debería o no haberse unido en 1996 al gobierno del Frente

Unido, cuando se le ofreció a su líder, Jyoti Basu, ser el primer ministro, o en 2004 a la Alianza Progresista Unida, dirigida por el Partido del Congreso, ha constituido una cuestión estratégica crucial –la prueba decisiva que habría determinado su suerte futura–, cuando no ha resultado ser nada por el estilo. La verdadera tragedia para el CPM es que de cualquier manera –tanto si se hubiera unido al gobierno central, dirigido por el Partido del Congreso, como si no, y tanto si lo hace como si no en el futuro– su desradicalización está asegurada. Naturalmente, el CPM no va de ningún modo a renovarse y transformarse en una fuerza política más radicalmente anties-talinista. El caso es que ni siquiera puede esperar volver a ser el partido basado en múltiples movimientos y con unos integrantes motivados ideológicamente que un día fue. El momento de la gran autoevaluación del partido tendrá lugar durante su próximo congreso, que se celebrará en Kerala y que está previsto para abril de 2012. El CPM no desaparecerá durante este próximo periodo. Continuará avanzando por caminos trillados, esperando –de hecho, dando por seguro– que los errores del nuevo gobierno en Bengala Occidental del Congreso Trinamool les regalen nuevamente una victoria electoral. Carece de cualquier otra visión de futuro. Si surgiera de nuevo la posibilidad de unirse a un gobierno central de coalición, lo más probable es que esta vez el CPM la aprovechara, pero, para el proyecto a largo plazo de construir una izquierda india más radical e íntegra, esto contará más bien poco o nada.

### *Perspectivas radicales*

Uno de los principales argumentos empleados para justificar la firme lealtad a los partidos parlamentarios de izquierda en India es que el actual es un periodo en el que las fuerzas progresistas se encuentran a la defensiva. Existe la creencia de que los partidos mayoritarios son los principales mecanismos para preservar las conquistas históricas que en su día llevó a cabo el movimiento socialista y que todavía sobreviven en el presente, así como para evitar un mayor cambio político de derechas hacia fuerzas antidemocráticas y comunistas. Se ha empleado este razonamiento a la hora de legitimar alianzas carentes de escrúpulos con partidos no vinculados al Bharatiya Janata Party (BJP) y de buscar una política de «tercer frente». La simple nomenclatura empleada –una entidad indeterminada, que no es ni el Partido del Congreso ni el BJP– resulta indicativa de cuánto se han alejado el CPM y el CPI de la antigua reivindicación de la necesidad de un frente «de izquierdas y democrático». No obstante, estas concesiones se fundamentan en un punto de vista profundamente problemático: la idea de que la transición hacia el socialismo requiere de una especie de paréntesis socialdemócrata o de su equivalente en los países en vías de desarrollo. Debería desterrarse esta idea. En este aspecto, la derecha tiene razón: la variedad contemporánea del neoliberalismo, más o menos humano, es la única forma de capitalismo disponible.

Lo que se necesita, entonces, es una perspectiva mucho más radical y ofensiva, guiada por una política explícitamente anticapitalista. A pesar de que

comparte un territorio con las reivindicaciones socialdemócratas —el restablecimiento de las bases de una asistencia sanitaria universal y gratuita, una educación pública de calidad, el garantizar las pensiones, unas viviendas y transporte públicos asequibles, etc.—, que se han vuelto completamente imposibles de satisfacer en el capitalismo contemporáneo, esta política debe también proponer lo que en el pasado se denominaba «reformas estructurales anticapitalistas». Asimismo, resulta necesario reafirmar, de maneras más creativas y contemporáneas, las clásicas demandas de transición: transparencia, libros de cuentas abiertos al escrutinio público, control en manos de los trabajadores, democracia directa, etc. Se puede aprender mucho de la rica historia internacional de tales esfuerzos: de los consejos de autogestión de los trabajadores en Yugoslavia; de los experimentos de las granjas urbanas en Cuba; de los presupuestos participativos en Brasil; de las comunidades de paz en Colombia; de la planificación de recursos basada en los *panchayat* en Kerala; o de la tradición del sindicalismo democrático fraguado en la lucha sudafricana contra el *apartheid*.

En términos más generales, lo que se necesita es una política que aúne lo particular con lo universal. Conceptos que frecuentemente a lo largo de la historia han sabido incluir los grandes proyectos del nacionalismo, del socialismo y de la democracia, bien por separado o bien combinados. En la mayoría de los casos en que las revoluciones socialistas transformaron con éxito el Estado, éstas habían estado vinculadas a luchas nacionalistas progresistas. Pero esa era pertenece ya al pasado, y en este momento el proyecto de un socialismo conectado con la lucha por intensificar la democracia existente es el que ha de infundir las esperanzas de una transformación radical. En el pasado, la principal materialización a nivel organizativo de esa política combinada la constituía invariablemente el partido político, o un frente unido de distintos partidos. En la actualidad podemos ser más flexibles, y quizá podamos crear un nuevo partido, un nuevo frente, o alguna combinación de partidos radicales y de movimientos de orientación socialista.

¿Qué es lo que esto supondría para la meta de la política radical en India? Ninguna fuerza política existente puede constituir el núcleo alrededor del cual sea posible construir una izquierda alternativa. Esto solamente se puede materializar mediante una recomposición y reestructuración de las fuerzas existentes, que, inevitablemente, supondrá separaciones y fusiones, así como también adiciones de procedencia imprevista. Lo que esto implica es que no resulta importante ser fieles a una organización, sino a un programa que plasme las posturas radicales: el programa hace a la organización, y no al contrario. En segundo lugar, deberá existir una combinación de la actividad electoral y parlamentaria con la movilización extraparlamentaria. Pues, para una izquierda eficaz, es el éxito en el ámbito extraparlamentario lo que determina esencialmente el éxito en términos electorales. Consecuentemente, la izquierda debe poseer y tratar de ampliar constantemente un grupo base educado ideológicamente y comprometido; para conseguirlo, debe practicar una política de la pasión, alejada de las concesiones mundanas de las fuerzas burguesas. La organización que plasmará un programa de este nuevo tipo de

izquierda deberá practicar las más contundentes formas de democracia interna: una completa libertad de discusión y de debate entre sus miembros, el derecho a formar tendencias y facciones y una representación proporcional de estos agrupamientos en todos los eslabones de la cadena de mando. Dentro de su cúpula deberían también estar representados proporcionalmente las mujeres, las tribus, los *dalits* y la mayoría de las clases más atrasadas (las castas más bajas a excepción de los *dalits*). Esto constituiría una manera de atraer a tales grupos sociales, especialmente a los elementos más activos y comprometidos de los mismos, alejados de las organizaciones existentes, orientadas sectorialmente, cuyos programas políticos carecen de un impulso anticapitalista.

Finalmente, la izquierda no puede caer en la trampa de un limitado nacionalismo burgués. En el sudeste asiático, la línea política del «socialismo en un solo país» del estalinismo y del maoísmo ha resultado y resulta un desastre. La izquierda india que todavía habla en la actualidad de semifeudalismo y de semicolonialismo, o que cree en una estrategia de etapas –y que, por lo tanto, racionaliza las alianzas electorales-políticas con partidos no vinculados ni al Partido del Congreso ni al BJP–, no está preparada para reconocer que India es una potencia subimperialista y regional. Es éste un problema fundamental. No basta con atacar al imperialismo estadounidense y con oponerse a la alianza estratégica de India con Estados Unidos o con Israel, por muy importantes que sean estas posturas. Resulta vital reconocer el propio papel imperial de India en Asia meridional: sus abusos en Cachemira y en el nordeste; sus abiertas y encubiertas intervenciones a favor de la reacción en Bangladesh, en las Maldivas, en Bután, en Sikkim, en Nepal y en Sri Lanka; así como la hipocresía mutua de las clases gobernantes de India y Pakistán. Debe comenzar aquí una oposición a todo esto. El estalinismo indio sigue con frecuencia al Estado indio en su posicionamiento nacionalista, al tiempo que los maoístas únicamente reconocerán como socios políticamente serios a otros maoístas. Los socialistas indios que buscan un internacionalismo más profundo y más radical no sólo han de solidarizarse con los antiimperialistas de otros lugares, sino que deben también priorizar la construcción de una lucha sudasiática más unificada. Edward Thompson dijo, de una forma muy hermosa, que a lo largo de la historia habían tenido lugar luchas en pro de la dignidad, de la humanidad y de la justicia, y luchas por el poder. Éstas no siguen vías paralelas; sino que sus caminos son sinuosos y a veces convergen. Cuando esto sucede, el poder se aprovecha para conseguir metas importantes. Cuando los caminos se separan, algunas personas escogen avanzar hacia el poder, mientras que otras continúan en la senda de una política de los principios. Nuestra mayor esperanza es continuar en este segundo camino y procurar que se funda con el camino del poder, para que podamos avanzar en ambos frentes.